



Manuel Cerdán

director.interviú@grupozeta.es

Operación olfística a golpe de peine

Con este número celebramos efemérides. Cumplimos 1.500 semanas desvelando los entresijos y miserias del poder desde que el primer ejemplar de *entreviú* vio la luz hace 29 años. Entonces la revista se movía entre las tijeras de la censura y las amenazas del búnker. El irredentismo inmovilista quedó en la cuneta de la Transición, pero las tijeras, aunque por otras razones, siguen teniendo protagonismo. En este número desarrollamos con profundidad los tizeretazos inmobiliarios de Pedro Romero, el peluquero de Aznar, que también domina con destreza el manejo del tiralíneas. Además de ser un experto en el arte de la estética se mueve con agilidad por los despachos. Los datos demuestran que su vocación era la de *broker* financiero e inmobiliario. En sólo cuatro años ha levantado un *holding* de catorce sociedades con un desembolso de unos diez millones de euros. Muchos cabellos y bigotes hay que cortar para alcanzar esa suma nada despreciable. Se da la circunstancia de que el despegue empresarial de Romero se produce en 2000, coincidiendo con la segunda victoria electoral de Aznar. A partir de ese año surge todo su emporio económico.

El Ayuntamiento de Pozuelo de Alarcón, uno de los más ricos de España, situado en las proximidades

de la capital, acaba de conceder un campo de golf a una sociedad controlada por el peluquero del ex presidente del Gobierno. La corporación, cuyo alcalde es Jesús Sepúlveda, el marido de la eurodiputada popular Ana Mato, se defiende de las acusaciones de nepotismo y aclara que la oferta del peluquero es la más favorable para los intereses municipales. Pero, al margen de esa defensa, que no comparte el PSOE y los demás candidatos no agraciados en el concurso al campo de golf, el pasaje nos lleva a la España negra de *mihenmano*, los *cafelitos* y los *convolutos*. Los cafelitos siguen dando mucho de sí, pero esos intereses particulares siempre acaban socavando la imagen pública de las formaciones políticas.

El alcalde de Pozuelo de Alarcón y el PP deben aclarar cualquier sombra de duda sobre la *operación campo de golf*. Están en la obligación de convencer a los ciudadanos de que el concurso ha sido limpio y despejar cualquier sospecha sobre los fantasmas del tráfico de influencias. Sería una buena tarea para la agenda del nuevo secretario del PP de Madrid, Francisco Granados. A la imagen de los populares madrileños no les favorece ocultar el polvo debajo de las alfombras, como sucedió con las sospechas sobre las relaciones entre Romero de Tejada y Tamayo, el

tránsfuga del PSOE que provocó hace dos años la crisis de la Comunidad de Madrid. Principalmente, para que la opinión pública no busque ninguna similitud entre el sainete del campo de golf y la película de Berlanga *La escopeta nacional*, en la que los nuevos ricos pagan por participar en cacerías con el Caudillo en busca de prebendas. Aquí no se caza, se juega al golf o se le retoca el cabello y el bigote a un ex presidente. Y, entre golpe de tijera o de *putt*, se medra todo lo que uno puede. Dieciocho hoyos con Piñero, el socio tecnológico en la operación *golfística*, o una sesión de manicura o de lavado y marcado dan mucho de sí. Y mucho más si el actual alcalde de Pozuelo ha sido colocado por el acicalado.

Pero lo más sorprendente es que entre los cuatro candidatos al concurso del campo de golf, en una zona residencial próxima a Madrid, había un aspirante que se presentaba con los apoyos de otro alto –muy alto– y poderoso dirigente en activo del PP. Pero, al final, fue definitivo el *after shave* y la navaja de rasurar. En esto de la política siempre aparece un *primo de Zumosol* más fuerte que otro, que finalmente impone su criterio.

Gallgo & Rey.

